

Miguel Pelay Orozco

Hace cosa de setenta o más años, el vascólogo francés Julien Vinson escribió un trabajo tendente a demostrar que el euskera carecía de vocablos que expresaran ideas abstractas y generales y, como apoyo a su tesis, recurría precisamente a la palabra "árbol", de la que aseveraba que no existía la correspondiente equivalencia euskérica. Por cierto que Vinson mencionaba una docena de voces que llevaban el componente *zu* o *zur*, pero que correspondían a diversos tipos específicos de árboles y no al árbol en sí. Don Telesforo de Aranzadi le salió al paso. Hay quienes creen que la inclinación del vasco por la polémica es cosa de nuestro tiempo. Están frescos. Echar un vistazo a nuestras publicaciones antiguas es encontrarse a cada paso con una controversia. Ahora, lo que sí es cosa moderna es la incorrección, el insulto y la grosería. Aranzadi tenía fama de poseer un carácter vivo, contencioso y atrabiliario. Yo le he oído contar a mi inolvidable amigo Fausto Arocena anécdotas atroces a propósito de las coléricas reacciones de don Telesforo; pero cuando entraba en el predio de la discusión escrita sabía siempre guardar las formas. En esta polémica, Aranzadi, que no aceptaba que el euskera careciera de palabra para la idea general del árbol (y al efecto remitía a Vinson al propio diccionario de Azkue), decía no obstante que al pastor de los páramos la idea del árbol se le representaba de un modo natural, porque apenas le era dado contemplar uno solo al cabo de un mes. Y algo parecido sucedía con el señorito de la ciudad, que únicamente se fijaba en la sombra que le daban los que encontraba a su paso cuando se dirigía de su casa al café; pero que en cambio nuestro campesino, que sólo se ocupaba de los árboles en función de sus frutos, troncos, ramas, simientes, etc., los distinguía siempre por sus nombres específicos. Uno piensa que en aquella discusión –y especialmente por parte de Aranzadi– primó más el bizantinismo que la auténtica discrepancia. Porque, existiesen o no los vocablos correspondientes a conceptos generales, si no se utilizaban, para el caso venía a ser lo mismo. Respecto a esta presunta carencia del término genérico, he contado alguna vez lo que me sucedió a mí mismo hace ya muchos años en las estribaciones del monte Aloña, cercano a Arantzazu. Caminaba solo, sin un rumbo fijo y gozando de un tiempo soleado pero fresco, cuando me topé con un pastor. Por pasar el rato me detuve y estuvimos charlando unos minutos acerca de las ovejas, los precios de la lana, del queso, etc. De pronto reparé en unos cuantos caballos que se distinguían arriba, en el confín del monte, y

se me ocurrió preguntarle: "*Zaldi ayek zuriak al dira?*" (¿Aquellos caballos son suyos?). El pastor me contempló un instante y sin siquiera alzar la vista dijo: "*Oyek ez dira zaldirik*" (No son caballos). "*Zer dira, ba?*" (¿Qué son, pues?) me oí decir, sorprendido. "*Biorrak*" (Yeguas), respondió sin inmutarse.

Para mí, *kaletarra* de condición pero de vocación campesina, caballos y yeguas vistos de lejos eran una misma cosa. Lo determinaba el propio genérico castellano. Para el pastor de Aloña, desprovisto de tal instrumento conexivo, identificar *zaldiya* con *biorra*, era como confundir una jirafa con un hipopótamo.....

No sé bien porqué pero, dentro de mi confusión me vino a la cabeza aquella frase "*Los vascos no datamos*" que el abate Iharce de Bidassouet atribuyó a un vasco que a su vez se la espetó a un aristócrata que presumía de la antigüedad de su estirpe. Lo malo es que uno no estaba muy seguro de figurar entre los que "*no databan*"... 🗒



Fotografía: F. Noguera